3 —

ORACION FUNEBRE,

QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS POR EL ILUSTRISIMO CABILDO DE LA SANTA IGLESIA DE CADIZ EN HONOR DE LA BUENA MEMORIA

DEL ILUSTRISIMO SEÑOR

D. JOSE ANTONIO SAENZ DE SANTA MARIA,

DIGNISIMO OBISPO DE SEGOVIA, Y COLECTOR GENERAL DE ESPOLIOS Y VACANTES,

Con asistencia del Excmo. Sr. Arzobispo de Nicea, Nuncio de S. S. en estos Reynos, y de los Ilustrísimos Señores Obispos de Calahorra, Plasencia, Sigüenza, San Marcos de Leon, y de Albarracin,

DIXO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

EL M. R. P. Fr. PABLO DE LA CONCEPCION, Ex-Lector de Teología, dos veces Definidor de Provincia, una Provincial y Definidor general de su Orden de Carmelitas Descalzos, Exâminador Sinodal del Arzobispado de Sevilla, y de los Obispados de Cádiz, Córdoba, y de la Abadía de Alcalá la Real, en la mañana del 15 de Febrero de 1813.

L. C. y Sd

DEDICADA AL MISMO ILUSTRISIMO CABILDO.

CADIZ: IMPRENTA PATRIÓTICA: 1813.
A cargo de Verges.

ILLMO. SEÑOR DEAN Y CABILDO

DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL.

La grandeza de V. S. I. no permite á mi pequeñez agradecer debidamente el singularísimo honor que con tanta generosidad ha dispensado al difunto Obispo de Segovia; * *pero los estrechos vín-*

* Inmediatamente que el Illmo. Cabildo de esta santa Iglesia Catedral tuvo noticia de la próxîma y casi inevitable muerte del R. Obispo de Segovia, acordó hacerle el mismo funeral que á sus propios Prelados; mandando que en la hora que se verificase, se hiciese señal con las campánas de la Iglesia Mayor, y de todas las Parroquias y Comunidades, como se executó à las once de la noche del dia 14 de Enero, en que falleció. El 16 por la mañana concurrió procesionalmente el mismo Ilustrísimo Cabildo á la casa donde moraba; y con asistencia del Clero Secular y Regular, de todas las Hermandades de la ciudad, de un inmenso pueblo, y de seis Señores Prelados, que fueron el Excmo. Señor Arzobispo de Nicea, Nuncio de su Santidad, los RR. Obispos de Calahorra, Plasencia, Sigüenza, San Marcos de Leon y Albarracin, conduxo en hombros de los Curas Párrocos, á quienes convidó para este efecto, el cadáver hasta la Catedral, donde habiendo celebrado con la mayor magnificencia la Misa y Oficio de sepultura, le depositó en el panteon de los Señores Obispos.

culos de la sangre, y la obligacion de manifestar anticipadamente los reconocidos sentimientos de mi Cabildo, me han sugerido el pensamiento de ofrecer á V. S. I. la Oracion fùnebre que se pronunció en sus honras.

Si V. S. I. se digna aceptar este corto obsequio, como una prueba de mi gratitud, tendré la satisfaccion, de que su respetable nombre sea el mayor elogio del célebre Orador que la hizo, una ocasion oportuna de hacer saber el noble y piadoso porte de V. S. I. en favor de tan digno Prelado, y de añadir este nùevo motivo para tenerme siempre por su mas humilde servidor y capellan.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Câdiz 21 *de Febrero de* 1813.

ILLMO. SEÑOR.

B. L. M. de V. S. I.

José de Azpeitia Saenz de Santa María.

Religiositas custodiet, et justificavit cor, jucunditatem, atque gaudium dabit.

La religiosidad guardará y justificará el corazon, y dará gozo y complacencia.

Eccli. c. 1. v. 18.

¿Hasta quando, Señor de los exércitos, no te apiadarás de Jerusalen, y de las ciudades de Judá, contra las que estás irritado? ¿No basta la desolacion general, que sufren los pueblos, sino que ha de penetrar tambien hasta el lugar santo, y conmover los cimientos de la ciudad de paz, que es vuestra Iglesia? ¿La soledad de los caminos, de la, en tiempos felices, populosa Sion, el susto y palidez de las graciosas y sagradas vírgenes, el amargo llanto de sus sacerdotes, los gritos lastimeros de los pequeñuelos, el silencio, la consternacion, y temblor de los respetables ancianos, la triste amargura que oprime á todos sus habitadores, no conmueven esas entrañas misericordiosas? ¿No es bastante el monton de escombros y ruinas, que estamos mirando, y que cada dia se acrecientan en el magnífico edificio que formó tu diestra; sino que hemos de estar temblando, recelosos de que todo él se desplome sobre nuestras cabezas, consternadas y atónitas? ¿Es poco ver dispersas, y arrojadas por

las calles y plazas las principales piedras del Santuario; sino que tambien las ha de destruir y volver en ceniza el soplo encendido de vuestra indignacion? ¡Heridos los Pastores, descarriados los rebaños, furiosos y multiplicados los lobos, y por todas partes despojos sangrientos de su rapacidad, y temibles pronósticos de una total desolacion! ¿Y quando será el término de tantas desventuras?

Ydeas melancólicas que acibaran mi espíritu, y que se han agitado mucho mas, Illmos. Sres., con la sensible pérdida, que acabamos de experimentar del Illmo. Sr. D. José Antonio Saenz de Sta. María, dignísimo Obispo de Segovia. Ninguno me diga que las leyes de la naturaleza, y caduca suerte de los mortales nos anunciaban ya muy de antemano que nuestro respetable anciano llegaria presto al fin de su carrera. Esta consolacion puede tener lugar en los hombres comunes, mas los varones esclarecidos se miden por reglas diferentes. Su vida es tan preciosa su condicion es tan aventajada, el provecho comun, que resulta de sus acciones y de sus exemplos, es de tanta importancia, que por mucho que hayan vivido para la naturaleza, y aun para su propia gloría, nunca parece que han vivido bastante para la Iglesia y para el Estado. En qualquiera tiempo que los arrebate la muerte, hemos de llorar siempre una pérdida irreparable. Por esto, aunque el penetrante cla-

mor de las campanas, los cánticos lúgubres que resuenan en este santo templo, el fúnebre aparato que lo obscurece, la compostura melancólica del órden apostólico que echa ménos un digno compañero, aunque todo esto anuncia el sentimiento que su muerte debe causar, no lo encuentro bastante expresivo para lamentar la pérdida que sufre la Iglesia por la muerte de tan digno Pastor. Y es verdad, Señores, que quisiera mas bien ceñir mi discurso á promover nuestro llanto por la muerte del venerable Obispo, que á formar el elogio de sus virtudes, y de sus méritos; pues, aunque sirva de consuelo arrojar flores sobre el sepulcro que cubre sus cenizas, me parecia mas oportuno regarlo con amargas lágrimas, que manifestasen nuestro acerbo dolor en una pérdida tan grande.

Bien ha penetrado V. Illma., generoso, y respetable Cabildo, bien ha penetrado V. Illma. la importante pérdida que ha tenido la Iglesia en la falta del Obispo de Segovia. El honor que tributa á su memoria, la magnificencia y esmero con que celebró sus funerales, el decreto de tratarlo en todo, como si fuera su propio Pastor, el anhelo por recoger sus cenizas, y depositarlas en el lugar sombrío, que conserva hasta la general resurreccion las de tantos ilustres Pontífices, todo da un testimonio irrefragable del aprecio que le merecian las virtudes del venerable difunto, y del interes que ha tomado en tributarle los últimos obsequios que podia exî-

gir de los vivientes. Esto, Señor, recuerda á mi espíritu el rasgo patético que nos conserva el Libro santo refiriéndonos la mirericordia y generosidad que usarón los habitadodores de Jabés Galaad, quando dieron honrosa repultura á los desgraciados Príncipes de Israel, que con las armas en la mano cayeron lastimosamente en los funestos montes de Gelboé. Y yo no puedo ménos que dirigir á V. Illma. el afectuoso lenguage con que agradeció David tan señalada accion á los habitadores de Jabes Galaad: „Benditos seais del Señor, que habeis usado „esta misericordia, no ya con el Rey Saul, „sino con un esclarecido Príncipe de la Igle„sia y le habeis dado sepultura. Sabed que ciertamente os pagará el Señor, y galardonará abundantemente esta misericordia y fidelidad. Y yo tambien os doy las gracias, porque habeis hecho tan noble accion. *

Tal, Señor Illmo., me parece será el mensage que enviará á V. Illma. la Santa Iglesia de Segovia por la generosa y noble accion que ha hecho con su amadísimo Prelado, ya que no ha tenido el triste consuelo de poderlo executar ella. Tales son los sentimientos de los ilustres parientes del Di-

* II. Regum, cap. II. v. 5. 6. *Missit ergo David nuntios ad viros Jabes Galaad, dixitque ad eos: benedicti vos Domino qui fecistis misericordiam hanc cum Domino vestro Saul, et sepelistis eum. Et nunc retribuet quidem Dominus misericordiam, et veritatem; sed et ego reddam gratiam; eo quod fecistis verbum istud.*

funto, y táles son tambien los mios, no solo por intérprete, ó mejor por enunciador de tan nobles corazones, sino mas bien por la edificacion que me resulta, y ha resultado al pueblo cristiano, viendo la union y hermandad que conservan unas con otras todas las Iglesias cristianas, mostrando así que todas ellas forman una sola universal Iglesia, gobernada por Jesucristo, é informada del Espíritu de amor y de fraternidad, que señaló por distintivo de sus verdaderos discípulos. Pero si profetizaba David que Dios llenaria de misericordias á los Galaaditas por haberla usado ellos con el cadáver, y con la memoria de un Príncipe que estaba reprobado por la soberana Magestad, ¿que no podremos pronosticar en favor de V. Illma. habiéndola practicado en honor de un Prìncipe formado segun el corazon de Dios, y á quien su mano misma colocó en su Iglesia en un solio de gloria? Sin duda el Señor recompensará abundantemente este hecho. *Et nunc retribuet vobis Dominus misericordiam, et veritatem, eo quod fecistis verbum istud.* Y porque conozca V. Illma. quan bien empleado ha sido su piadoso esmero, y porque todos se penetren de la justicia con que yo lamento su perdida, y por último, para cumplir con el cargo que se me ha impuesto, y de que no he podido exônerarme, por mas que he publicado toda mi insuficiencia, me acerco, aunque temblando, á trazar el plan de su elogio.

Al fin de la alocucion á V. Illma. dixe ya, que honraba la memoria de un Príncipe formado segun el corazon de Dios, y á quien su mano misma habia colocado en su Iglesia en un solio eminente de gloria; y sin pensar en ello, dixe con estas dos palabras todo lo que yo puedo decir en honor del Illmo. Sr. D. José Antonio Saenz de Sta. Marìa, dignísimo Obispo de Segovia. Ellas me han introducido en la idea, que el conocimiento particular que he tomado de su vida irreprehensible, me habia hecho formar de antemano, y que me parece se expresa, aunque con diferentes palabras, en las que puse al frente de mi exôrdio, tomadas del sagrado libro del Eclesiástico: *religiositas custodiet, et justificabit cor; jucunditatem, atque gaudium dabit*. Esta sentencia del divino Espíritu quadra de lleno con el carácter de nuestro respetable difunto. Yo admiro en él un hombre, en cuya larga vida domina siempre la religion, cuyos sentimientos, cuyas acciones están marcadas con el sagrado sello de la religion, que todo lo dirigió á la religion, todo lo debió á la religion, y murio en los brazos de la religion, lamentando las ruinas que la impiedad intenta conseguir de ella. Y por ceñirme á determinadas reflexîones: yo admiro en el Illmo. Obispo de Segovia, y voy á manifestaros en él un varon esclarecido, formado por la religion, consagrado para la religion, coronado, y glorificado por la religion. Yo he creido, que

atendidas las peligrosas circunstancias en que nos hallamos, no podia hacer un elogio ni mas agradable al religioso Obispo que es su objeto, ni mas digno de la ilustre asamblea, á quien tengo el honor de hablar. El debe producir en nosotros todos reflexîones y resoluciones saludables, que nos hagan merecedores de tener parte en la memoria eterna, en la que, á todo mi entender, creo piadosamente que está colocado este Justo.

Quando yo, Señores Illmos., manifesté el temor que me sobrecoge al verme precisado á formar el elogio del señor Obispo de Segovia, no era ni por miedo de profonar con mentiras la cátedra de la verdad, ni por recelo de quemar inciensos profanos en el santuario de la Divinidad, ni ménos porque me faltase noble asunto en una vida tan llena como larga. Por el contrario, la misma abundancia causa mi confusion, y el lleno de virtudes que resplandecen en la gloriosa carrera de su vida, aturde mis potencias; porque deseando manifestarlas todas para gloria de Dios, que con su bendicion se las dió, y para nuestra propia edificacion, veo que es un empeño superior á mis débiles fuerzas, que caen mas desfallecidas, miéntras quieren vigorizarse mas. Por tanto yo os ruego, Señores, que os condolais de mi flaqueza, y no rebaxe en vuestro concepto la idea ventajosa que teneis formada del respetable Obispo, cuya memoria honramos, si mi elogio débil no os lo muestra

con toda la gloria que le han grangeado sus méritos. Al contrario de otros oradores, todo mi trabajo será apartar de mi discurso multitud de virtudes y de acciones piadosas, que quisiera mostrar de lleno, y que acaso no podré mas que insinuar por miedo de molestaros demasiado, y porque no tengo la felicidad de decir mucho en pocas palabras. Este ha sido el motivo, á mas de la justicia de la causa, de intentar manifestar el noble carácter de nuestro Difunto baxo una virtud universal, como es la religion, que como las abraza y las ennoblece á todas, da ocasion para que podamos reflexîonar sobre muchas, y para que las admiremos todas en un hombre que fué formado por la religion, consagrado para la religion, y coronado y glorificado por la religion.

Si yo necesitase de profanos ó de agenos resplandores para hermosear el retrato de Don José Antonio Saenz de Santa María, me iria derecho á buscar su ilustre prosapia, y trataria de formar una presuncion favorable en favor del descendiente, mostrando las glorias de sus nobles abuelos. O si desdeñando este adorno, como impropio para ataviar á un pontífice de la religion, quisiese no obstante sacar en favor suyo luces de su familia, que pudiesen brillar en el templo, tomaria las palabras del Rey Dávid, y diria can toda confianza, que esta era una generacion que buscaba al Señor, que buscaba, ante todo, el semblante del Dios

de Jacob. Que era mas estimada en su comarca por el suave olor de sus virtudes, que por su distinguida nobleza, y que de los padres de nuestro Difunto era cierto el decir lo que de los gloriosos padres del Bautista nos refiere S. Lucas: que ámbos eran justos delante de Dios, caminándo siempre por los mandamientos y justificaciones del Señor, y viviendo entre sus vecinos, sin que ninguno pudiese formar queja contra ellos.

Tampoco necesitó este adorno. Esta es mas bien una felicidad, que una gloria para su hijo; y si yo hago mencion de ella, es solo para manifestar que la Providencia quiso prevenirlo con bendiciones de dulzura, y que habiendo dicho de este niño: *Tú serás mi siervo*, y disponiendo las cosas todas con tanta suavidad, como invencible fuerza, concedió esta dicha á su escogido, para que desde su primera educacion formáse la religion su espíritu, al tiempo mismo que se fortalecia su temperamento. Por manera que podemos decir, Señores, que quando reposaba el tierno infante en el amoroso regazo de sus Padres, descansaba en los brazos de la religion, que habia tomado á su cargo el formarlo todo para Dios desde su mas tierna niñez.

En tan noble y sagrada escuela aprendió desde los principios las máxîmas santas que sirven de firme cimiento para el edificio espiritual. Léjos de engreirlo con las vanas ideas de elevacion y de nobleza, sus pia-

dosos padres supieron grabar en su corazon: que todos los hombres son iguales á los ojos de la naturaleza y de la religion, que solo merecen atencion y respeto los que saben emplearse mejor en la práctica de las virtudes: que los que han sido favorecidos por Dios, recibiendo mas dones de su piadosa mano, deben corresponder al beneficio con una mayor sumision á sus santas leyes para mostrarse mas siervos suyos, y que segun la noble expresion del Eclesiastés: el que quiera ser un hombre completo, lleno de respeto y honor, no lo puede alcanzar dé otro modo que temiendo á Dios, y guardando sus mandamientos: *Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo.* *

Imbuido en estas saludables máxîmas, emprende desde su niñez el camino, que ha de seguir toda su vida. El oye con respeto y complacencia la instruccion en los misterios y en las leyes de nuestra religion divina; medita sus verdades; admira sus nobles esperanzas; su corazon se inflama con tan magníficos objetos; aspira á poseerlos en la eternidad, y le parecen poco, como en realidad lo son, segun el testimonio del Apóstol, las condiciones que ha puesto Dios á los que quieran ser participantes de su reyno. De aquí la resolucion firme de cumplirlas toda su vida, y la puntualidad y devocion con que llenaba las que estaban al alcance de su

* Ecclesiastes, c. 12. v. 13.

edad temprana. Frecuente y devota asistencia á los templos ; gustoso anhelo por servir en los altares á los Sacerdotes que ofrecen la sacrosanta víctima de nuestra reconciliacion; atencion cuidadosa á los que anunciaban la santa palabra ; exâctitud y gozo en asistir á las preces y exercicios devotos que se acostumbran en las familias religiosas ; amor á los pobres de Jesucristo que veia socorrer en su casa ; y sobre todo , una devocion cordial á María Santísima nuestra Señora , que desde entónces eligió por su madre , que no le permitia olvidarla el glorioso renombre de su familia , y que tomó para modelo de pureza y de fervor.

No hago mencion , Señores , de estos favorables principios porque los repute particulares , y de especial gloria para la edad primera de nuestro respetable Obispo. Sé muy bien qué tal suele ser la conducta del comun de los niños , que han debido á la misericordia de Dios unos padres y una educacion religiosa. La blanca estola , lavada en la sangre del Cordero sin mancha , que nos vestimos en el bautismo , la gracia de nuestro Señor Jesucristo , que informa el espíritu de los niños todo el tiempo que no han perdido su inocencia , produce en estas plantas tiernas esos preciosos y tempranos frutos de devocion y de virtud : de otra parte , el magestuoso culto de nuestra religion tiene tan sabroso atractivo para los corazones inocentes y puros , que los niños toman por en-

tretenimiento y recreacion agradable el tener parte en su execucion. Y solo quando comienzan á brotar las pasiones, y á enojarse el hombre con el yugo de dependencia, que le impone la naturaleza y la religion, es quando comienza á fastidiarse de las prácticas religiosas.

Mas si no han sido peculiares y raras en Don José Saenz de Santa María estas flores y frutos agradables de su primera edad, es sin duda muy raro y muy glorioso, no solo no haberlos perdido, sino haberlos aumentado y llevado á mas sazonada madurez en lo fogoso de su juventud, y en medio de un noble y decidido empeño de sobresalir en las ciencias, y de no dexar cosa que hacer para lograr la aprobacion de sus maestros, y conseguir, como dice de sí el Apóstol, el aprovechar sobre sus condiscípulos. Aquí, Señores, se abre á nuestra vista nueva y muy peligrosa, y por tanto mas brillante carrera.

El noble espíritu que habia cabido en suerte al jóven Santa María, no podia contentarse sin el cultivo conveniente á su fuerza y vigor. Su misma actividad lo llevaba á querer penetrar los secretos de la naturaleza; y el amor lo encendia en deseos de conocer mejor á su divino Autor, para admirarlo mas, y tributarle mas profundos y respetuosos homenages. La célebre universidad de Valladolid fué la maestra sabia que comenzó á desenvolver las ideas, y á graduar las lu-

ces de nuestro ansioso Estudiante. Ella lo vió romper con vuelo rápido las nubes obscuras, que rodean los primeros rudimentos de las ciencias, y tomarse las doradas llaves, que abren las fuertes puertas, con que ellas cierran sus secretos. La naturaleza lo habia dotado de quanto es necesario para llegar al colmo de la sabiduría. Constitucion vigorosa, capàz de un trabajo incansable; entendimiento elevado, fácil en concebir, tenaz en retener; amor al estudio, y aplicacion continua. Y para decirlo de una vez, en él se reunian las brillantes qualidades, que dice Ciceron se juntaron en el último republicano de Roma: *Erat in illo natura admirabilis, exquisita doctrina, et industria singularis.* Habia en este jóven naturaleza admirable, exquisita eleccion de doctrina, y una singular aplicacion.

Con estas bellas disposiciones llegó á ser muy en breve honor de sus maestros y admiracion de sus condiscípulos: bellas letras, historia sagrada y profana, filosofia, todo se le hizo familiar. No temais, Señores, al oir nombrar filosofia, que nuestro respetable Difunto obscureciese su espíritu con las falsas ideas que unos hombres engañados y engañadores han atribuido á este precioso adorno de los entendimientos humanos. No. La verdadera filosofia es la investigacion y el conocimiento de la admirable estructura de la naturaleza para levantarnos por ella al conocimiento y adoracion del que la crió. ¿Que

nos dixo San Pablo, hablando de esta ciencia? "La ira de Dios, dice el gran Maestro de las naciones, se manifestará desde „ lo alto del cielo contra la impiedad y la „ injusticia de aquellos hombres que tienen „ la verdad de Dios cautiva y aprisionada „ en la injusticia: porque lo que nuestra razon puede alcanzar de Dios, estaba patente á sus entendimientos. Dios mismo se „ lo habia manifestado, y aun aquellos admirables atributos, que se esconden á nuestra limitada luz, se alcanzan y conocen, „ considerando las criaturas, hasta su sempiterno poder y su divinidad, de modo que „ son inexcusables. Conocieron á Dios; mas „ no le adoraron como á Dios, ni le prestaron el debido homenage; ántes por el „ contrario se llenaron de orgullo, obscurecieron su corazon corrompido, y llamándose con arrogancia los únicos y verdaderos sabios, se hicieron necios é ignorantes." *

Veis, Señores, por el testimonio de este sabio Maestro, como la verdadera filosofía conduce al hombre á la sabiduría consumada, que es conocer, y glorificar á Dios. Y este fué el fruto que sacó de ella el ilustre Sta. María. Al paso que se adelantaba en la ciencia, aprovechaba en la virtud. La ilustracion de su entendimiento inflamaba su voluntad; y el empeño en ser perfecto en

* Epist. ad Rom. cap. 1, v. 18, 19, 20, 21, 22.

las ciencias, no solo no disminuia, sino mas bien aumentaba la resolucion firme, que habia tomado de guardar las leyes del Señor.

Su amor á la rectitud y á la justicia le hizo preferir á los otros el estudio de la jurisprudencia. El deseo de agradar á Dios cumplidamente, observando con exâctitud todos sus preceptos, lo determinó á investigar con todo cuidado las decisiones, y reglas de la Iglesia, á indagar la sabidurìa de los antiguos, á aprender y conservar todo lo que dixeron aquellos varones de mas nombre, que ilustraron la Religion. Tanto como esto abraza el estudio de los sagrados cánones. Y en todo esto se aventajó Santa María sobre todos los que entraron á correr con él en el estudio, y aun sobre muchos que lo habian corrido ya, y conseguido en su tiempo el premio victorioso. ¡Con quanta complacencia, y si me es lícito usar esta expresion, con qué noble orgullo la sábia universidad de Valladolid coronó los gloriosos trabajos de su discípulo, confiriéndole los grados de estilo! Era justo que se gloriase en la sabiduría de su hijo, y que su respetable testimonio abriese á su educado las demas casas de la sabiduría, á que debia servir de ornamento. ¡Con quanto gusto abrió las suyas á Santa María el colegio mayor de Santa Cruz; ese plantel fecundo, de donde han salido para la Iglesia y para el Estado tantos ilustres hombres, que han servido á una y otro con gloria, y con utilidad! Entónces miró

á su nuevo alumno, y lo miraba toda la universidad, como una de sus primeras lumbreras. En él.....

¿Mas qué hago yo, Señores? ¿Intento acaso formar un discurso académico, y mostrar la gloria que alcanzó D. José Saenz de Santa María en la brillante carrera de las ciencias? ¿Me he olvidado de que mi elogio se ha de dirigir mas á nuestra edificacion, que á mostrarlo como objeto de nuestra admiracion y de nuestros aplausos? No, Señores, no. Y si me he detenido, acaso mas de lo que os parece justo, en indicar, mas bien que en referir lo que aprovechó en las ciencias, ha sido por desbaratar con el exemplo de su religion y de sus virtudes un lazo peligroso, que por desgracia tiene enredados á muchos de los sábios de nuestros dias, y mas todavía á los que quieren parecerlo, aunque no lo sean. Se juzga por muchas personas inadvertidas, que el creer las verdades y misterios de nuestra Religion, el obedecer sus santas leyes, el cumplir sus prácticas piadosas; de una vez, que el creer y obrar como cristianos, es propio solamente de un espìritu apocado y pequeño, de un entendimiento limitado, que ni sabe exâminar, ni valorar los fundamentos, ni penetrar las dificultades que hallan los espìritus sublimes que han comprehendido lo mas profundo de las ciencias, y hallado que es una desventura del linage humano el estar fascinados, y dar asenso á tantos absurdos.

¿No es este el lenguage de muchos que

se llaman sábios? ¿Y no es este el escándalo y la ruina de tantas almas inocentes, que no tienen valor para verse ridiculizar como ignorantes y apocadas, y quieren mas sepultarse en los abismos con su burlesca fama (porque no la dan de otra manera) de almas grandes y despejadas, que volar al cielo con el tìtulo de pequeñuelos y sencillos, que Jesucristo dió á sus discìpulos? ¡Ah! ¡Quantos estrágos ha causado especialmente en la juventud de ambos sexôs esta preocupacion desventurada! ¡Pero quan victoriosamente la confunde la vida de nuestro sábio Obispo!

El era un sábio, y que empleó toda su vida en el estudio de las ciencias; pero toda la que adquirió, le sirvió siempre para fortificar su religion, y empeñarlo en la práctica de las virtudes. Se penetró desde los principios de aquella sentencia sagrada que pronunció el divino Espìritu: *La sabidurìa verdadera no entrará en el alma malévola, ni habitará en el cuerpo dominado por los pecados.* Por esto su primer cuidado fué conservar su alma pura y llena del temor del Señor. Frecuencia de sacramentos, obediencia pronta á un director ilustrado y virtuoso, que jamas vario mientras estuvo en Valladolid, ayunos rigorosos todos los dias que prescribe la Iglesia, desde la edad de quince años, y sin tomar en ellos mas que una comida frugal, ni usar de la condescendencia, que, atendida nuestra debilidad, se tolera en los

ùltimos tiempos : este rigor lo ha observado toda su vida ; prepararse para el estudio, teniendo ántes media hora de oracion , y asistiendo á la sagrada Misa ; costumbre que hacia observar á los mas familiares y amigos de entre sus condiscìpulos ; abstraccion y retiro de las compañìas peligrosas : ved aquì los grados por donde subió nuestro Difunto al templo de la sabidurìa.

Quando se consigue por este medio , ella forma del alma justa un asiento permanente y gustoso , y léjos de estorbarle para subir á Dios , le infunde mas nobles ideas de su grandeza y soberanìa. Y en realidad , Señóres , ¿por que pueden estorbar las ciencias nuestro respeto à Dios y á sus leyes? ¿Se sabe alguna cosa que no haya sido hechura de su omnipotente y benéfica mano ? Desde los mas brillantes astros del cielo hasta las flores mas pequeñas que esmaltán los amenos prados , todo nos da ilustre testimonio de su magnificencia , y de su gloria. ¿A donde iremos que no se nos descubra su espìritu, y donde no podamos divisar su semblante? Si nos encumbramos hasta el firmamento , lo encontramos allì ; si nos precipitamos al abismo , se nos pone presente ; si revolvemos toda la tierra , si surcamos los mares hasta tocar en sus extremos , su mano nos alcanza por todas partes. ¿Como pues los curiosos escudriñadores , de la naturaleza pueden desentenderse de Dios , y rehusarle el tributo de adoracion y de obediencia , único que puede

prestarle la fràgil criatura? ¿ó querrán desconocer al Criador, porque no pueden comprehender las obras de sus manos? ¡Orgullosos! El no poder penetrar un abismo profundo es argumento de que no lo hay? ¿No serán las cosas, como vosotros no podais entenderlas? ¿Y la suprema inteligencia no habrá hecho nada, si vosotros no podeis entender lo que ha obrado, y la manera con que lo ha obrado? ¡Inconsiderados que sois! ¿No formais vosotros discursos y demostraciones cientìficas, que no pueden formar ni entender los que tienen menores alcances y luces que vosotros? ¿Y teneis valor para negar lo que no podeis entender, y solo porque no lo entendeis? ¡Miserable sabidurìa, que conduces á tanta insensatez!

El Señor libró á nuestro Obispo de un escollo tan peligroso y tan grosero; y aunque podia asentarse con honor en las asambleas de los primeros sábios de nuestro tiempa, su misma ilustracion le llevaba con mas firmeza á reverenciar á Dios, á creer sus palabras, á escuchar sus oráculos, á aprender y practicar sus leyes. Este es el noble carácter del verdadero sábio, y el que lo afirma en sus juicios. "El sábio, dice el Eclesiástico,* no aborrece los preceptos y las leyes, y asì no andará fluctuando, ni expuesto á estrellarse, como la navecilla tra-

* *Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis.* Ecclesiastici, c. 33, v. 2, 3.

„ bajada de una furiosa tempestad. El hom-
„ bre que tiene talento , cree la ley de Dios,
„ y la ley le cumple fielmente todo quanto le
„ ofrece." Este fué el carácter de nuestro ilustre Santa María.

Formándole así por la religion , ¿ que esperais , Señores , sino verlo consagrado á la religion? Su exâcta , y justa ciencia le habia descubierto toda la fragilidad , y gran vacio de las cosas y de las honras mundanas. Su grande espíritu no podia contentarse con objetos ménos nobles que el cielo. La religion habia defendido su corazon de la corrupcion , y contagio de las pasiones, y habia justificado su conducta. Sus manos se conservaban inocentes , y su corazon estaba puro. Esta es la bella condicion que se pide por el Profeta , para subir al monte del Señor, y colocarse en el lugar santo. En él queria nuestro ilustre Difunto servir á la religion , y defender la religion , esto es , consagrarse del todo á ella.

Jamas vocacion al sacerdocio fué mas pura , mas desinteresada , mas victoriosa. Las eminentes prendas de Santa María eran como un estorbo á su determinacion. Sus amigos se prometian en él un Magistrado ilustre , que ocupase los primeros puestos de la judicatura , y les aumentase , si era posible , el lustre y honor , que le adquirieron tantos esclarecidos jueces , como ha conocido y admirado nuestra España. Todo se podia esperar de la ciencia , de la prudencia , de la inte-

gridad de D. José Saenz de Santa María. Sus mas inmediatos parientes deseaban propagar su noble descendencia por un canal tan puro y tan proporcionado para añadirle nuevos timbres. Ruegos, reconvenciones, perspectivas brillantes, enlaces opulentos y magnìficos; todo se emplea para trastornar su resolucion. Aun los principios de piedad se traen al apoyo de estas persuasiones alhagüeñas. ¿Acaso el sacerdocio es el único estado en que puede servirse á Dios? ¿No se han visto hasta sobre el trono héroes de religion y de santidad? El mundo se edifica mas con las virtudes de un magistrado sábio, de un juez incorruptible, que con los exemplos de piedad de un sacerdote todo consagrado á su culto.

Pero todas estas peligrosas insinuaciones solo sirvieron de mostrar el firme carácter de Santa Marìa, y la profunda meditacion con que habia tomado su partido. A la manera que una firme roca asentada á la orilla de un mar proceloso, recibe sin moverse los embates de las espumosas y encrespadas olas, que bramando vuelven à repetir su asalto, y à precipitarse de nuevo à sus pies; del mismo modo recibia nuestro héroe los repetidos golpes con que sus amigos y parientes renovaban su oficiosa porfia. Dios lo llamaba al sacerdocio: su vocacion estaba probada: nada puede contrarestarla: el mundo no tiene atractivos para el corazon puro de Saenz. El extiende sus manos: el Pontífice de la

religion vierte sobre ellas el oleo santo, y las consagra para el culto y decoro del Tabernáculo y del Templo.

¡Y con quanta gloria y utilidad desempeñó siempre estos augustos ministerios! ¡Que pérdida hubiera sido para la Iglesia y para la religion, si Santa María se hubiese quedado en el siglo! ¡Quantas almas que habitan hoy en la eterna Sion por la eficacia y y por la virtud del ministerio de nuestro Sacerdote, hubieran quedado excluidas del reyno! Y la suya acaso... Porque, Señores, la fuerza y eficacia de la predestinacion abraza igualmente los medios con que ha de conseguirse. Pero Santa María no puso este estorbo, ni quiso trastornar los designios de la Providencia.

Angeles del Señor, que asistiais con admiracion y con gozo á sus primeros sacrificios, que llevasteis tantas veces la víctima al sublime altar de la propiciacion, que está delante de la tremenda Magestad, que baxabais luego cargados de las bendiciones celestiales, que se enviaban al Sacerdote, y á los que participaban con él del sacrosanto cuerpo de Jesucristo, decidnos para edificacion de todo este pueblo, ¡quales eran los sentimientos de este Sacerdote; qual su preparacion habitual y próxîma; quanta la reverencia y fervor con que trataba tan sagrados misterios, y quan viva la llama de amor á Jesucristo que era víctima y alimento! Decidnos, ¡quantos eran los frutos preciosos que sacaba, las re-

soluciones que formaba, los nuevos é indisolubles lazos con que se ligaba á Jesucristo todas las veces que lo tenia en sus manos, y lo depositaba en su pecho! Mas, ¿por que invoco yo el testimonio de los príncipes de la eterna Jerusalen? ¿Su propia vida no nos lo da bastante cumplido del tesoro de gracias, que adquiria cada vez que ofrecia, y participaba de este saludable sacrificio? Porque, si es una verdad anunciada por el Verbo del Padre, que el que come dignamente este pan de los ángeles, vive por Jesucristo, es decir, lleva una vida conforme á la de Jesucristo, dirigida á su gloria, y á formar una imágen suya. ¿No fueron estos los infalibles indicios que nos dió la vida llena de virtudes de nuestro venerable sacerdote? ¡Que modestia en su semblante! ¡Que miramiento en sus palabras! ¡Que afabilidad, y dulzura en su trato! ¡Que amor á sus próximos! ¡Que llaneza con sus dependientes! ¡Que paciencia en sus adversidades! ¡Que resignacion en sus trabajos! ¡Que mansedumbre con los que le injuriaban! ¡Que humildad con todos los hombres! Esto es lo que publicais unánimemente, afortunados domesticos de su casa; nunca lo visteis airado contra vosotros por vuestros descuidos ó por vuestras faltas, quando estas interesaban solo á su persona: jamas le oisteis una queja sobre lo mal, ó bien dispuesto de sus manjares, ni sobre punto alguno de su propia comodidad. Pues, Señores, esto

es vivir por Jesucrito, y para Jesucristo; esto es copiar en sì la imágen de Jesucristo; y esto es, y mucho mas lo que sacaba nuestro Sacerdote del inmenso tesoro, que se encierra en la verdadera arca del Testamento, todas las veces que entraba en el *Sancta Sanctorum*. Así daba honor á su ministerio, y llenaba de gloria las vestiduras de su dignidad, quando subió al santo altar.

Pero todo este gran provecho no queria encerrarlo en sì mismo; esta es una parte de la obligacion del sacerdote; y á la verdad, el primero y principal capìtulo del Libro, que nos dice David, se escribió en mira del sumo sacerdote Jesucristó, á quien deben imitar los inferiores: "lo primero que está es-,, crito en el Libro es, que yo haga vues-,, tra voluntad: asi lo quiero yo, Dios mio, ,, y esta suprema ley la deposito en medio ,, de mi corazon." *

Ella es, pues, la primera que se intima y que debe cumplir el sacerdote; mas no basta para el lleno del ministerio. Bien conocia esto nuestro piadoso y sábio Sacerdote, tan versado en las decisiones canónicas, y en los escritos de los Padres.

Habia leido en nuestro gran Doctor San Isidoro, que en el Doctor eclesiástico debe resplandecer tanto la santidad de vida, co-

* *In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam; Deus meus voluit, et legem tuam in medio cordis mei.* Psal. 39. v. 8.

mo la excelencia de la doctrina. Porque la ciencia sin una vida santa lo hará orgulloso, y arrogante; y las virtudes sin la ciencia lo volverán inútil. Ambas cosas se reunian en él: cumplia con la primera y principal: este era su propio provecho: debia instruir y aprovechar á los otros; esto es, servir completamente la religion. ¿Y como habia de faltar á este deber, el que habia dirigido siempre su estudio á poderlo desempeñar cabalmente? Por este fin se habia consagrado á la religion. El no habia recibido el sacerdocio para pasar unos dias descansados y cómodos á la sombra del santuario. Habia recibido la uncion de los atletas para luchar y trabajar en quanto pidiese el que reparte los premios despues del conflicto. Para proporcionarse á su encargo, se presenta á la Iglesia para que gradue su mérito, conforme á las reglas que ha adoptado ella misma, y entra en el certámen.

No espereis, Señores, en el nuevo concurrente obsequios, ni suplicaciones: no lo tolera su carácter ni su conciencia. Si oficiosos amigos le envian recomendaciones, no presenta sus cartas hasta que ha pasado la provision de la silla contendida. Solo su mérito, y el juicio libre de los electores ha de decidir su destino. La Sta. Iglesia de Zamora tuvo el acierto, y la felicidad de colocar á Santa Marìa en la silla Doctoral de su coro. Desde entónces (notad esto, Señores) desde entónces se acabaron en él todos

los pasos que pudiesen adelantarlo en los honores y dignidades eclesiásticas. Contento con servir al Señor en el puesto, en que su providencialo habia colocado, solo atendia á desempeñar cabalmente las delicadas, y á veces escabrosas obligaciones de su oficio.

Muy presto conoció aquella Iglesia el hombre que le habia cabido, y el nuevo lustre que adquirió su respetable cabildo con el miembro que se le habia agregado. Observaban con gozo el exâcto y glorioso desempeño, que daba el Doctoral á todas sus obligaciones, y miraban con edificacion su vida privada; llena de todas las virtudes sacerdotales. Felicitándose de su acierto, y con la mira de premiar sus tareas, y acaso con la de doblar los lazos que lo ligaban á su cuerpo, le ofrecen con instancia la dignidad de arcediano titular; mas con la indispensable condicion de no dexar por ella el oficio Doctoral, que exercia con tanta utilidad y aplauso. Aun no habian tenido tiempo bastante para conocer bien á Santa Maria. El agradece las generosas instancias del Cabildo; mas no se puede convencer á reunir estos dos honores. Contento con el que habia conseguido, solo aspira á desempeñarlo cumplidamente, si admite el patronato de los hospitales, que le encarga su cuerpo, es solo porque le proporciona la ventaja de exercitar sin nota, como por oficio, la caridad con los pobres, y aliviar los desconsuelos y los trabajos de los enfermos y desvalidos. Los ratos

de su recreacion eran asistir entre ellos, investigar y remediar sus necesidades, exôrtarlos á la resignacion, dirigirlos á Dios, confesar á los que se querian valer de su ministério, y muchas veces auxîliar á los moribundos. El cuidaba de la fiel administracion, y aumento de las rentas, de la oportuna distribucion de las limosnas, del aseo y exâctitud en la asistencia, y de todo quanto pudiese minorar la afliccion y trabajos de aquellas víctimas de la miserable humanidad. El era ojos para el ciego, pies para el tullido, mano para el estropeado, y padre de todos los pobres, con los que repartia su ternura y sus rentas.

Tantas luces no podian estar escondidas. El mérito del Doctoral de Zamora resuena en la corte. La generosa hospitalidad que exerció con las tropas que pasaron al Portugal, hizo públicas aquellas acciones, que él queria esconder aun á sus mismas manos, segun el encargo del Salvador. No siempre es verdad que el mérito es desatendido, como oimos lamentar á muchos quejosos. Contra la esperanza, y sin la menor pretension ni noticia de Santa María, recibe nombramiento Real para la dignidad Prioral de aquella Sta. Iglesia. A poco el pueblo y su Iglesia sienten la pérdida de tan amado Ministro. La santa Iglesia de Toledo adquiere este nuevo ornamento. El Rey manda al Doctoral que se traslade á ella, nombrándolo por su Canónigo. José, á la manera del de Egipto, obe-

dece el mandato del Monarca, que no habia sospechado siquiera, ni mucho ménos pretendido. Esto era, Señores, querer la Providencia dar ocasion al sábio para añadirle sabidurìa, como nos dice el libro santo.* Esto era querer colocar á este excelente operario en un campo mas espacioso, donde desplegase mas sus talentos, diese mas lustre á sus virtudes, y sembrase semillas, que produxesen mas copiosos, y sazonados frutos. Allí lo esperaban las virtudes, la religion, la gloria.

En efecto, D. José Antonio Saenz de Santa Marìa ocupa una silla en el magestuoso coro de Toledo. Aquella respetable multitud de sacerdotes y ministros del Señor fixa cuidadosamente su vista para observar al nuevo compañero. Aunque lo habia precedido la fama de su sabidurìa, no descubrieron al principio en el modesto Saenz mas que un Sacerdote virtuoso, aplicado á practicar sin fausto ni ostentacion todos los deberes de su ministerio, despues que cumplia con todo rigor las prolixas obligaciones de Canónigo. Asistencia perpetua al coro en todas las horas del dia y de la noche. Parecia que solo esto era lo que llenaba su tiempo. Y sin duda pudiera, Señores, en un espíritu ménos activo. Lo veian asistir continuamente á los maitines de media noche, que tenia siempre aquella

* Prov. c. 9. v. 9. *Da occasionem sapienti et addetur ei sapientia.*

santa Iglesia, y levantarse despues tan de mañana, que celebraba el tremendo sacrificio con toda la devocion que lo animaba, y se asentaba en el tribunal de la penitencia para reconciliar pecadores, ó dirigir almas justas por los caminos de la perfeccion, quedando expedito despues de esto para entrar de nuevo á las ocho á cantar las alabanzas del Señor. Esto era lo que se manifestaba solamente en el Canónigo de Toledo, y esto es bastante para servir de edificacion, no solo á sus virtuosos compañeros, sino á todo el pueblo cristiano. Mas no es lo bastante para la virtud, y la ciencia de Santa María. Toda se descubrió sin pretenderlo él, y procurándola ocultar á los perspicaces ojos de tantos y tan expertos observadores. El numeroso, el sábio, el noble Cabildo de Toledo repitió muchas veces entre sí lo que la reyna del Austro dixo de Salomon: mayor es tu sabiduría que la mucha fama que nos la anunciaba. Y mostró bien la nobleza de su carácter y la justicia de sus procedimientos, quando á la primera vacante de aquel extenso arzobispado, eligió por su vicario capitular á D. José Antonio Saenz de Santa María, que poco tiempo ántes se habia sentado en las últimas sillas de su coro.

Ahora, Señores, se aglomeran tantos hechos ilustres, tantos empeños árduos, tantos rasgos de ciencia, de prudencia, de fortaleza en el dificil ministrerio de Santa María, que causa asombro, que un solo hombre pu-

diese executar tantas cosas, quando para solo insinuarlas, se confunde y atribula mi espíritu. A las virtudes de su vida privada se agregan las de un hombre público colocado en tan importante puesto, y ningunas se confunden, ó estorban entre sí; sino mas bien se prestaban un auxîlio mutuo. Nada omitió de todos los exercicios con que servia á la religion, y en nada faltó de quanto pedia el lustre y la defensa de la religion. ¡Que abundancia de luces! ¡Que solidez de virtudes no son necesarias para llenar tan nobles objetos! El Cabildo se aplaudió del acierto de su eleccion, viendo los preciosos frutos que producia en el clero, y en el pueblo cristiano, el ilustrado esmero del celoso Vicario. Y tuvo mas justo motivo de apreciar su discernimiento y justicia, quando vió que el nuevo arzobispo, el Cardenal Lorenzana, lo continuó en el mismo puesto, nombrandolo su Provisor y Vicario general, y condecorándolo ademas con la dignidad de arcediano de Madrid.

Quisiera yo, Señores, poder mostraros á una simple vista todo el esplendor de sus virtudes, poniéndoos delante la multitud innumerable de acciones grandes, en que las manifestó nuestro difunto. ¡Inútil empeño, y tarea mas propia de una prolixa historia, que para un discurso ceñido! ¿Como es posible referir tantos, y tan nobles exemplos como nos dió Santa María en mas de diez y ocho años que gobernó el arzobispado de

Toledo? Yo quiero sin embargo llamar vuestra atencion hácia dos importantes objetos, que abrazan un exercicio casi universal de todas las virtudes, y que bastan por sí solos á mostrar el empeño y la gloria, con que Santa María sirvió y defendió la religion, á cuyo culto se habia consagrado. Tales son la misericordia con los pobres y necesitados, y el celo por el lustre y decoro de la Iglesia.

Todos sabemos, quanto interés toma la religion en el alivio de los pobres. Instruida por su Divino fundador, en que lo que se haga á favor de ellos, lo recibe el Señor como hecho con su misma persona; siempre ha mirado la Sta. Iglesia esta porcion tan recomendada como hijos de su predileccion, en cuyo favor clama tan frecuente y tan altamente. De aquì las santas leyes dirigidas á los cristianos todos, recomendándoles la limosna; y de aquí los decretos severos promulgados á los ministros de su santuario, declarándoles, que quanto sobrase de una decorosa, pero modesta sustentacion, no se les concede por beneficio suyo, sino como patrimonio de los pobres, para que se lo administren, y lo repartan entre ellos. Tal es, Señores, el destino de las riquezas del clero, tan censuradas y tan envidiadas por los publicistas. ¿Puede haber alguno, ni mas noble, ni mas glorioso para nuestra santa religion, ni tan útil para el estado y para la prosperidad de las naciones?

Fin augusto, por cuya consideracion los

poderosos de la tierra, que quisiéron comprar el cielo, amontonaron tantas riquezas en la Iglesia de Jesucristo. ¡Ah! Sabian por su propia experiencia, que los mundanos jamas tienen bastante por mucho que atesoren, para satisfacer sus diversiones, sus vanidades y sus vicios. Que estando rodeados de oro, tienen el corazon tan duro como ese metal. Que al paso que escandalosamente gastan crecidas sumas en festines, en devaneos, en prostituciones, no tienen valor para dar al desvalido la moneda mas insignificante. Que estando hasta las paredes de sus habitaciones vestidas de sedas y brocados, miran con frialdad y menosprecio al infeliz desnudo, que no tiene con que cubrir sus carnes. Que dexan perecer cien padres de familia, que podrian poblar la Patria, al tiempo que mantienen con excesivo luxo sus cortesanas, sus holgazanes, y hasta sus perros, y caballos. Escarmentados de esto, quando la religion tronaba á sus oidos en sus últimos años querian reparar sus usurpaciones é inhumanidades, dexando parte de sus riquezas á la madre de los pobres, que es la Iglesia, para que las repartiera entre ellos, y levantasen al cielo sus manos agradecidas para conseguir su perdon. No se engañaron en sus esperanzas. Esta madre piadosa ha llenado siempre este título; y los pobres no han tenido fondos mas seguros que las rentas de los eclesiásticos.

¡Con quanta complacencia puedo dar á

D. José Santa María en la presencia del santo altar el verídico testimonio, de que toda la Iglesia de los santos habrá contado ya sus limosnas, y él las habrá encontrado en los eternos tabernáculos, á donde las trasladaron las manos de los pobres! ¿Que clase de necesidad no halló pronto y abundante remedio en la misericordia de nuestro piadoso canónigo? Desde su infancia habia crecido con él la conmiseracion. Toda su vida habia mirado á los pobres con una piedad generosa que le hacia tratarlos, y socorrerlos, como á hijos; mas desde que la Igesia le dotó con sus beneficios, ya los miró como á sus acreedores y dueños de sus rentas. Si se aumentaron estas en consideracion de sus trabajos y de sus méritos, los verdaderos favorecidos eran los pobres de Jesucristo, que socorria con mas largueza.

En él tenian un administrador activo, prudente, desinteresado, que les conservaba y aumentaba sus fondos, y que solo tomaba por salario de su administracion un alimento escaso y pobre, y un vestido modesto, y de un precio comun. El mismo régimen observaba con su reducida, é indispensable familia; y siendo por su natural generoso con todos, solo era económico consigo y con los suyos. ¡Con quanta seriedad habia prohibido al que gobernaba su casa, que se pusieran en su mesa platos delicados y de subido precio, sino solo aquellos manjares, de que se pudiesen surtir fácilmente los ménos

favorecidos de la fortuna! Conforme á esta sabia economía, ya no extraño yo la multitud y la abundancia de sus limosnas. Toda edad, todo sexô, toda profesion halló en Santa María socorro pronto y generoso. Niños huerfanos, ancianos respetables, doncellas desvalidas, viudas desoladas, enfermos oprimidos baxo el doble peso de la enfermedad y de la indigencia, todos tuvieron quanto necesitaron con las rentas de Santa María. Hospicios fundados; casas religiosas reparadas contra la ruina que las estaba amenazando; vírgenes consagradas á Dios con las liberalidades de este hombre generoso; familias honradas sostenidas en la indigencia, á que las habia reducido un infortunio; todo da cumplido testimonio de su inagotable misericordia con los pobres y necesitados. ¡Y quanto dexo por decir, que llenaria nuestros corazones de ternura y admiracion! Perdonadme vosotros, desconsolados huerfanitos de Segovia. Perdonadme, si quando llegueis á saber la pérdida de vuestro padre, y por acaso el elogio que yo le consagro, echais ménos en él los rasgos de generosidad y de misericordia que el Obispo mostró con vosotros. Sé que le debeis el asilo donde se refugió vuestra desamparada niñéz; que vuestro alimento, vuestro vestido, vuestra instruccion, vuestros destinos, todo era obra de su liberalidad. Me enternecen las interesantes escenas que se representaban por vuestra ingenua gratitud, y por la dulzura

con que os trataba vuestro bienhechor. Resuena en mis oidos, y penetra mi corazon el dulce nombre de padre, que á boca llena dabais al Obispo, para reparar la terrible pérdida, á que os reduxo vuestra horfandad; y contemplo con gozo la tierna impresion, que causaba en el Obispo un nombre tan glorioso, que le impuso vuestro corazon puro, y pronunciaban vuestros lábios tan verdaderos como inocentes. ¡Pero todo lo habeis perdido! y yo no quiero aumentar vuestra afliccion. Ademas que no es posible indicarlo todo. Lo dicho basta para que veais el empleo de las pingües rentas del canónigo: y juzgueis, si estan mal colocadas, y si estarán mas oportunamente en otras manos. Y quando vemos tanto desinterés, tan heroico desprendimiento, tan grandes servicios hechos á la religion en sus pobres, mostrando en nuestros dias el mismo espíritu, que en los primeros siglos animó á los Sixtos, y á los Laurencios, ¿podremos extrañar que su espíritu esté poseido de un encendido celo por el lustre, y decoro de las cosas santas? ¿el que por la caridad de Dios cuidaba tanto de lo temporal de los hombres, podria descuidar en lo que toca directamente al mismo Dios, qual es el bien de las almas, y quanto se ordena al culto y adoracion de su Magestad soberana?

El celo santo es el mas propio efecto de una caridad inflamada; de tal modo, que parece se desbarata el alma, segun el fervor

que la agita. Esta es la viva idea con que nos explica el profeta los efectos del verdadero zelo, quando se trata de defender la causa de Dios. "Mi celo, decia David, es la „causa de que yo me esté deshaciendo, al „ver que mis enemigos han olvidado tus pa- „labras." *. Y dándose la razon de este eficaz y sagrado entusiasmo, solo nos señala lo íntimo de su amor á Dios: "tus palabras „son encendidas en gran manera, y tu sier- „vo las ha amado á correspondencia." Y ¿no sabemos que nunca interrumpió Jesucristo su mansedumbre y humildad, ni dió muestras de su terrible magestad, sino quando vió profanada la casa de su Padre, y violados los respetos del Templo? Pues ahora, Señores, vosotros habeis visto el amor que tenia á Dios este Ministro suyo por las obras con que lo ha probado. Se halla en puesto, que lo precisa á mirar por el honor del Señor, y por el decoro de su casa: ¿descuidarà este importante asunto?

Todo él se convierte hácia tan noble objeto. El celo de la casa de Dios lo devora; los oprobios de los que insultaban á Dios, caian de lleno sobre su mismo corazon. Los ministros del santuario son los primeros en su cuidado. Sabia quánto influye en el pueblo para el bien, ó el mal la doctrina, y el exemplo de los que especialmente se han consagrado á Dios; y que de ningunos sufre el

* Psal. 118. v. 139, y 140.

Señor tan graves perjuicios, como de aquellos sacerdotes, que debiendo estorbar los pecados de otros, dan en sí mismos exemplos de corrupcion y de maldad. ¡Con quanto empeño celó tan importante asunto en todo el tiempo de su gobierno! ¡Quantos decretos sobre el trage, sobre la compostura, sobre el trato, sobre la conducta irreprehensible, sobre el temor y reverencia con que habian de celebrar el sacrosanto misterio del cuerpo y sangre del Señor! Decretos tan llenos, tan doctos, tan sentidos, que manifiestan bien que hablaba su boca de la abundancia del corazon, y que de su propio y abundante fondo sacaba tan vivas y tan encendidas expresiones. Y no penseis, Señores, que su celo se contentaba con el exhorto solamente: cuidaba mas de su execucion. Velaba, observaba, escuchaba y exâminaba cuidadosamente el semblante de sus ovejas y el estado de su rebaño. Si alguna no atendia á su voz, ó disimulaba que oia su silvo, sabia cruxirle la honda, y aun hacerle sentir el cayado; y á todas partes alcanzaba el cuidado de un Pastor tan vigilante y tan solícito. ¡Que sazonados frutos produxo este cultivo! Todo el Clero de su jurisdiccion parecia una heredad pingüe, cultivada con exquisito esmero.

El comun de los fieles era el fin á que se dirigia el arreglo del Clero; y ellos en sí experimentaron el anhelo con que procuraba su eterna salud. Exôrtos á los Párrocos y

Predicadores, para que jamas descuidasen en darles abundante y saludable pasto de doctrina. Empeño en que, sin alegar excusa alguna, se les instruyese á fondo en la doctrina cristiana, en quanto pudiesen llevar sus luces, convencido, como es la verdad, de que la ignorancia, ó una instruccion superficial en asunto de tanta importancia, es la causa de la poca firmeza en la fe, y de que los mal afirmados se dexen conmover con todo viento de doctrina, como se explicaba el Apóstol. Encargos á todos ellos para la santificacion de las fiestas, la reverencia en los templos, el respeto á las cosas santas, para que todos á una voz tributasen honor á Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, qual lo encargaba el mismo Apóstol á los primeros fieles.

Pero si deseaba ver renovada la graciosa faz de la Iglesia, tanto en los Pastores, como en el rebaño; no era menor su esfuerzo y su celo en sostener y defender los derechos sagrados de esta esposa de Jesucristo, y madre de todos los cristianos. En esto, Señores, no sabia darse á partido. Ni la autoridad, ni el poder, ni la astucia, ni la fuerza, ni las amenazas, ni los halagos, nada lo conmovia, quando se trataba de sostener los derechos y fueros de la Iglesia. Visteis por acaso, Señores, aquellos eternos peñascos, que clavados por la naturaleza en la eminente cima de una grande montaña, se burlan del furor de los vientos, y dexan que se agote su rabia, mientras ellos no

se mueven jamas? Pues del mismo modo el celoso Santa Marìa, colocado en el monte de Dios, rodeado de sus luces, exênto de pasiones, que lo inclinaran, ó que lo intimidasen, miraba con rostro sereno todos los afanosos movimientos que se daba la potestad temporal, para usurpar lo que era propio de la Iglesia, sin moverse jamas de su dictámen. El estaba fundado sobre aquel lleno de doctrina que habia atesorado en las materias eclesiásticas, y de donde sacaba lo nuevo y lo antiguo, en que estaban apoyadas sus justas decisiones. Asi fué que salió constantemente victorioso, y que los tribunales superiores del Reyno confirmaron siempre sus sentencias. Y yo no lo puedo extrañar, quando sé que el gran Pontìfice, Pio VI, cuya sabidurìa sobre estas materias no conocia superior, y acaso no encontraba igual, exâminó con proligidad, y aprobó con admiracion y con elogio la complicada causa, que de comision suya habia formado, y sentenciado el vicario general de Toledo. Causa de tanta consecuencia, que se mandó sepultar en el mas profundo silencio baxo los anatemas del Vaticano, y que por tanto era el mas ilustre testimonio de la ciencia, de la rectitud, de la constancia del que habia sabido llenar cumplidamente tan dificiles y peligrosos muneres. Mas todo era fácil á D. José Santa Marìa, y la cabeza de la Iglesia manifestó con gozo lo que se complacia, en que la primera Iglesia de España

tuviese un ministro tan sábio y tan aventajado en todas las virtudes sacerdotales.

Yo no quiero, Señores, cansar vuestra atencion, refiriendo ilustres exemplos, que os convenciesen de la fortaleza, y constancia con que defendió Santa Màría el lustre, y el decoro de la casa de Dios. Mas ¿debo yo alabarlo sobre esto? ¿Por ventura la Iglesia tiene derechos que defender, y no es propio de su establecimiento someterse del todo á las potestades del siglo, y sufrir con resignacion los despojos, que la intenten hacer? Sufrid, Señores, que sobre este artìculo abandone yo mis débiles luces, y os dé las sabias reflexiones del grande obispo de Meaux. Como en todos los tiempos ha estado esta Esposa de Jesucristo sufriendo el mismo destino, que á su fundador anunció Simeon, en todos tiempos ha sido necesario, que los ministros de la palabra reclamen de los fieles el respeto y la sumision que deben á tan piadosa Madre. Por tanto, no extrañareis, Señores, que el lenguage del siglo XVII convenga para ilustrar el nuestro. Y yo miro con complacencia, que en todos los tiempos y en todos los paises sea una misma la doctrina que ella ha publicado altamente. El sabio prelado, cuyas palabras voy á referiros, hablaba á una asamblea de jueces y pastores, á quienes dirigia saludables exôrtaciones en favor de la Iglesia; y yo uso con tanto mas gusto sus palabras, quanto que además de ser de una boca elòcuente y sá-

bia, os convencerán, de que sobre un punto de tanta importancia no os vendo yo mis propias reflexîones, ó mis particulares sentimientos.

"Esta afligida Madre, dice el Agustino de „la Francia, tiene frecuentemente motivos „de quejarse de sus mismos hijos, que intentan oprimirla; no se cesa de atentar contra sus derechos sagrados; su potestad celestial está debilitada, por no decir totalmente extinguida; se quieren vengar sobre ella las inconsideraciones de algunos de „sus ministros, atrevidos usurpadores de los „derechos temporales; mas por su parte parece que la potestad temporal quiere tener la Iglesia cautiva, y recompensarse de „sus pérdidas á costa del mismo Jesucristo: „los tribunales seculares no resuenan sino „de negocios eclesiásticos: no se piensa en „el don particular que ha recibido el órden „apostólico para decidir sobre ellos; don celestial, que recibimos una vez *por la imposicion de las manos*, * pero que San Pablo „nos ordena que reanimemos, renovemos y „continuamente volvamos á encenderlo en nosotros mismos, como un fuego divino, á „fin de que su virtud sea inmortal. ¿Este „don se nos ha concedido solamente para anunciar la santa palabra, ó para santificar las „almas por medio de los sacramentos? ¿No „se nos ha dado tambien para poner la po-

* II. ad Thimot. cap. 1, v. 6.

„ licia de las Iglesias, para establecer la disciplina, para aplicar los cánones inspirados „ por Dios á nuestros santos predecesores, y „ cumplir todos los deberes del ministerio eclesiástico? Otras veces los cánones, y las leyes, y los Obispos, y los Emperadores concurrian á una para estorbar que los ministros de los altares compareciesen, aun para negocios temporales, ante los jueces de „ la tierra. Querian tener intercesores puros del „ comercio de los hombres, y se temia volverlos á introducir en el siglo, de donde habian sido separados, para ser la heredad del „ Señor. Pero ahora se ven arrastrar á los „ tribunales seglares, aun para los negocios „ eclesiásticos: tanto ha prevalecido el siglo; „ tan debilitada, é impotente está la Iglesia!"

Hasta aquí las palabras de este grande hombre, y yo he querido citároslas con preferencia, aun á las de los Padres de la Iglesia, para que veais, Señores, qual era la doctrina de la Francia católica, anunciada por un Obispo, que gozaba en ella de la primera estimacion, en un siglo en que la gloria literaria de aquel pais llego al mas alto grado que podia subir: y porque si de los falsos filósofos de Francia han cundido entre nosotros máxîmas perniciosas, que alteran nuestra creencia pura, y debilitan el respeto, y veneracion que todos los cristianos deben á la Iglesia su madre; sepais igualmente que los Pastores y Doctores de aquella Nacion, á quienes el Espíritu Santo habia encarga-

do el rebaño de Jesucristo, supieron tambien avisar el peligro, clamar contra el error, confundir el orgullo, y defender los derechos sagrados de la Esposa de Dios. Si los pueblos no aprovecharon; si prevaleció el espíritu de independencia, y de soberbia; si por ùltimo, han salido fuera del gremio de la Iglesia, cuyo seno comenzaron á desgarrar con apariencias de justicia y de rectitud; este exemplo terrible de la venganza de Dios debe hacernos temblar, no sea que caiga tambien sobre nuestras cabezas, si caminamos por los mismos senderos. Pero la funesta suerte del pueblo no estará á cargo del sacerdocio, que clamó y exôrtó con tiempo, ni su corrompida y malograda sangre se buscará por el juez supremo en las manos de los sacerdotes: ellos cumplieron su deber, defendiendo la religion, á cuyo culto se habian consagrado.

Y ved aquí el empleo, y la ocupacion del Obispo, que hemos perdido, y que con tan noble valor sostuvo y defendió las prerogativas y fueros de la Iglesia. Resonaban en sus oidos los mandatos que intimó el Señor al santo profeta Jeremias, quando le encargó la salud y la correccion de su pueblo. "No tienes que temer en su presencia, di- „xo la Magestad: por altanero y sañudo „que se manifieste su semblante, yo haré que „no los temas; porque yo te he preparado hoy „como una plaza fuerte, como una columna „de hierro, como un muro de bronce so-

„ bre toda la tierra, contra los reyes de Judá,
„ sus Magnates y Príncipes, sus Sacerdotes y
„ sus pueblos, y pelearán contra ti, y no po-
„ drán prevalecer, pues estoy yo á tu lado
„ para defenderte." * Tal se mostró Santa María todas las veces que se trató de defender los preciosos y sagrados derechos del santuario.

¿Que restaba ya á un hombre, que siendo todo de la religion, habia desempeñado tan gloriosamente las obligaciones que contraxo con ella? ¿A un hombre que estaba informado de su espìritu, adornado de todas sus virtudes, y que todo lo habia consagrado al obsequio de la religion? ¿Que le restaba mas? solo restaba la corona que le ciñó la religion, y que fué el gage, y la prenda de la que ha logrado en el cielo.

Despues de una larga carrera, y seguida con la diligencia y anhelo del que quiere alcanzar el premio que le disputan otros, creyó nuestro loborioso Ministro que habia llégado á su término, y trataba tan solo de limpiarse del polvo que en un camino tan hollado, y entre tan violentos, y repetidos choques, se le pudiese haber pegado, y purificarse para entrar al salon de las bodas, donde no se sufren vestiduras manchadas. Al cabo de importunas instancias consiguió por último ser absuelto de todos sus cargos, y ocuparse solo de sì mismo el que tan acupa-

* Jerem. cap. 1, v. 18, 19.

do habia estado de la salud de otros. Pero si el dueño de la viña gustaba de verlo trabajar, en vano el codicioso arrendador piensa solamente disfrutar el suave licor que ha sacado con su esmero y sudores. ¡No es tiempo todavìa de que el Rey te introduzca en su bodega, trabajador ansioso! Es menester que sufras mas el peso del dia y del calor. Ya llegará la noche en que nadie puede trabajar, pero en la que reciben el justo galardon de sus trabajos los que no han descuidado la tarea.

Paréceme, Señores, que descubro yo para con nuestro respetable Prelado la conducta misma que observó Jesucristo con sus discípulos, despues de los primeros ensayos de su predicacion. Vinieron los gozosos discìpulos á dar cuenta al Maestro de lo que habian hecho y enseñado, y aplaudiéndolos el Señor para alentarlos en el trabajo, y queriendo que reposaran un poco para volver á la fatiga, los llevó consigo á un lugar desierto, para que descansasen algun tanto, y para que aprendiesen mejor con el trato íntimo del Señor la doctrina y las virtudes que habian de enseñar, quando entrasen á exercitar la dignidad de Apóstoles, á que los habia destinado. Ya nuestro respetable Difunto se habia ensayado en las tareas mas penosas del ministerio pastoral; y sin tener la dignidad, habia alcanzado los méritos de los grandes sacerdotes. No eran estos los sentimientos de su profunda humildad. Por el

contrario ; se creia lleno de defectos , que era necesario expiar , y por tanto solo pensaba en recoger para sì la atencion , que tantos años habia extendido tambien á los otros. Lo consiguió por un corto tiempo ; descansó un poquito ; pero presto volvió al trabajo ; y la religion , á quien siempre habia servido, quiso por todos ellos ceñirle la corona.

¿Pues que otra cosa es la altísima dignidad de obispo , con que quiso el Señor adornar su vejez y sus méritos ? Era justo que esta brillante antorcha luciese sobre candelero propio ; y que el que tan largo tiempo habia sido mayoral del rebaño , fuese por último Pastor propietario , para que ganase todos lo géneros de recompensas. Quando ménos él lo pensaba , se ve nombrado para el obispado de Segovia. Su humildad se estremece al considerar sobre sus hombros y en sus últimos años un peso, que seria formidable , aun á los mismos Angeles , segun se explican los Padres de la Iglesia. Su resolucion está tomada con aquella firmeza que lo caracteriza. Solo quiere vivir para sí. La oracion , el estudio , los deberes comunes del sacerdocio ocupaban agradable y provechosamente su espìritu , para que se aviniese á interrumpirlos otra vez. Solo piensa en renunciar la dignidad , y prepararse en su retiro á comparecer con temor , pero con confianza , ante el tribunal del Eterno. El Ministro de Dios que gobernaba su conciencia , y que por tanto conocia lo que ganaba la santa

Iglesia, adquiriendo esta firme columna, contradixo esta resolucion con toda la constancia sacerdotal, y con toda la fuerza que le daba sobre su dirigido la autoridad de su sagrado ministerio. Le anunció con firmeza, que no respondia de su salvacion, si rehusaba someterse á esta nueva carga; y estorbaba asì los altos designios de la Providencia. ¿Os acordais, Señores, del gracioso y humilde aturdimiento de San Pedro, quando oyó de la boca de su Maestro una expresion harto parecida para vencer su humildad, que rehusaba el obsequio de lavarle los pies? Pues este mismo sobrecogió á nuestro Obispo al oir aquella terrible amenaza. Lo que por humildad rehusaba, tuvo que abrazarlo por ella, y rendirse á la voz de Dios, que le hablaba por boca de su Sacerdote. No solo sus hombros, sino su cabeza y sus manos sometió al peso que se le imponia.

¡Pero con que violencia del natural alcanzó este triunfo de su obediencia! Se alteró su robusta constitucion; tembló toda su naturaleza, y temió su familia que perdian á su Padre y Señor, segun el destrozo que causó en su cuerpo la batalla, y la victoria de su espìritu. No hay que temer, Señores. Los que no buscan, ni quieren este encumbrado honor, sino que son llamados á él de la misma manera que Aaron, reciben de la mano de Dios, que los llama, toda la fuerza y la virtud que necesita el gran sacerdocio. Nuestro Obispo recobra todo el vigor

que lo fortalecia, y se prepará para pelear de nuevo, si el Señor le encarga nuevas guerras.

¿Mas que complicacion misteriosa se presenta á mi vista en los designios de la Providencia sobre su siervo? Lo ha obligado á que acepte el cayado, y se le retarda la actual entrega. Los duros asaltos que el enemigo de la humanidad y de la religion no ha cesado de dar contra el magestuoso trono del Sumo Sacerdote de la Iglesia de Dios, desde que comenzó la horrible carrera de sus crímenes, y de sus destrozos, tenian por entónces, á la manera que ahora, interrumpido el despacho de las instituciones canónicas que la cátedra de Pedro debe prestar á todos los Obispos de la cristiandad, en prueba de que todos la reconocen por centro de la unidad, y de que están unidos á ella, como los miembros de un mismo cuerpo á su cabeza. La confirmacion, que el gran Pontífice Pio VI dió con tanta complacencia al nuevo Obispo de Segovia, no pudo llegar hasta pasado mas de un año despues del nombramiento. Mas ved aquí lo que hallo de particular en los decretos de la providencia. Yo me guardaré bien de entrar, intérprete temerario, en la explicacion de sus inexcrutables arcanos; mas no puedo dexar de notar, que este mismo estorbo, que impedia al Obispo de Segovia trabajar en su propio terreno, fué la ocasion de que la Iglesia de Toledo volviese á gozar del cultivo industrioso de su mano.

La política, ó la intriga, ó qualquiera otro

motivo , que no es de mi inspeccion exâminar, alejaron del arzobispado de Toledo á su propio Prelado el Cardenal de Lorenzana. Fuesen quales fuesen los sentimientos de aquel Purpurado al abandonar , por una fuerza paliada, el cuidado de su arzobispado , es cierto, que proveyó á su conciencia y á su Iglesia , nombrando por Gobernador en lo espiritual y temporal al nuevo Obispo de Segovia , cuya voz conocian bien las ovejas , y cuyos trabajos habian llenado al Arzobispo de frutos de honor y honestidad. Parece , Señores, que el Príncipe de los Pastores , el lábrador principal de todo el terreno de la Iglesia no queria separar de la de Toledo á Don José Saenz de Santa María. ¿Seria acaso porque siendo aquella santa Iglesia la Primada de las Españas , debia disfrutar en provecho suyo el espíritu principal , que lo animaba y confirmaba ? ¿Seria que fundada y afirmada en la fe por los Eugenios , y los Ildefonsos , y por tantos otros ilustres Pontífices , que la engendráron para Jesucristo , y la desposaron indisolublemente con Jesucristo , necesitaba de un varon que no permitiese quebrantar , ni debilitar los pactos de este sagrado desposorio: que estuviese zanjado en ellos , y que supiese sostener las máxîmas con que la instruyeron aquellos antiguos y santos Pastores? ¿Seria que comenzando ya á bullir en la capital de la España el espíritu inquieto y turbulento de la irreligion, se necesitaba quien lo supiera conocer , y quien se atreviese á resistirlo?

Como quiera que sea, es cierto que nuestro venerable Obispo sabia y podia executar todas estas cosas, y que en efecto executó muchas el tiempo que gobernó en Toledo en honra de la religion y gloria de la Iglesia. ¡Que no pueda yo manifestarlas todas! Mas no es justo omitir la que añadió una piedra de inestimable valor á su corona. La muerte del mártir Pio VI entre los rigores de su amarga prision, dexó consternada y confusa la Iglesia. Los cristianos temian ver repetidos aquellos tiempos de tribulacion, en que ni las ovejas ni los pastores saben conocer qual es el supremo pastor del rebaño. Los impíos se regocijaban ya de la destruccion de la Iglesia. Yo lei en aquel tiempo con indignacion y con escándalo un miserable escrito, en que pintando con ayre y complacencia de un triunfo los insultos, y los despojos, y las barbaries que se cometieron contra aquel venerable Pontífice, concluia con una insípida bufonada: "no obstante, „ despues de esto, creerán todavìa buena- „ mente los católicos aquellas palabras de „ Cristo: *y las puertas del infierno no prevale- „ ceran contra ella.*" ¡Miserable! Pero tal era el tiempo de confusion y escàndalo. La Potestad temporal creyó oportuno aplicar su mano, no sea que cayera el arca santa, y prescribió reglas á los Obispos sobre el modo con que habian de portarse en el exercicio de su divina autoridad. El de Segovia habia estudiado mucho todas las de la Iglesia,

para que necesitase de un magisterio extraño. Y se propuso seguirlas con la mayor exâctitud, á pesar de quantos esfuerzos hiciesen contra ellas la astucia ó el poder. En vano un Ministro orgulloso, y acostumbrado á no encontrar estorvos, le encarga á nombre del Monarca que dispense y relaxe los justos y sabios cánones que establecieron nuestros Padres, inspirados por el Divino Espìritu, que ha prometido su asistencia á la Iglesia. El Obispo sabe acordar el respeto debido al Rey con la entereza y rectitud que le impone su alto carácter. Por varias veces se repiten instancias, y se interpone la autoridad Real. Su Magestad quiere que V. S. Illma. dispense. Este es el lenguage imperioso. ¿Mas que importa que el Rey lo quiera, si lo repugna Jesucristo, que es el Señor del Rey? ¿Podria el Obispo obedecer al hombre, desatendiendo la voz de Dios que le intima su propia conciencia? Sabia que era este el lenguage de los Apóstoles, y que al Obispo no queda mas alternativa que vencer, perseverando firme en su puesto, ó extendiendo su cuello, para que su cabeza caiga en tierra, como la de los primeros Pastores. Nunca se prestó á conceder lo que se le ordenaba contrario á los antiguos estatutos.

No era esto, Señores, porque ignorase el Obispo de Segovia todo lo que está escrito sobre esta escabrosa materia: y ¿como lo habia de ignorar el que habia hecho de ella el principal asunto de su continuo estudio?

Tampoco ignoraba la extension de autoridad que corresponde al obispado, ni los prudentes y oportunos recursos de la Iglesia en favor y alivio de sus hijos. Todo esto lo sabia. Mas sabia tambien, que en comenzándose á relaxar la disciplina con el pretexto de la necesidad, se acaba la necesidad, y queda la relaxacion. Sabia que si el Obispo condesciende con los que solo por su autoridad quieren se les conceda el azeyte y el vino, que reserva la Iglesia, para las heridas y enfermedades agudas de los verdaderos necesitados; mañana entrarán en ella á mano armada, y querrán se les franqueen á la fuerza los depósitos mas sagrados, que le confió Jesucristo. Pues ya nos conserva la historia la extravagancia de aquella Favorita, que se quejó al Potentado con quien trataba, de que tal sacerdote no habia usado con ella de indulgencia en el tribunal de la reconciliacion. Sabia que en comenzando á establecerse la turbulenta máxîma, que iguala en todas las cosas á los Obispos con el sumo Pontìfice, y que aquellos pueden en sus diócesis todo lo que esté en la universal Iglesia, muy pronto se establece: que podemos pasar sin el Papa: que no hay porque acudir á una potencia extrangera, y podemos sacudir su yugo. Y esto es, (hablando en los términos propios) salirse fuera de la Iglesia de Jesucristo, y desprenderse de la piedra, en que la fundó.

Y entónces, ¿sobre quien estriban? Fun-

daron sobre arena, y luego que vinieron las aguas de la tribulacion, ó soplaron los vientos de las pasiones, titubeó, y cayó el frágil edificio. Si Jesucristo dixo á Pedro; sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: todo el que se desprendiere, y se apartare de este cimiento, no puede estar en la Iglesia que fundó Jesucristo; porque no hay otro fundamento fuera del que está puesto. Así es que entónces está en mas vigor y fuerza toda la grandeza del Obispado, quando está mas apoyado en Pedro; quando mas respeta sus derechos, quando mira por el honor de su silla, y quando reconoce con la boca y con las obras el primado de honor y jurisdiccion que le dió Jesucristo sobre los otros cooperadores. Tenia á la vista además el prudente y sábio Obispo de Segovia el terrible exemplo de lo que estaba sucediendo en la Francia. Habian comenzado primero por igualar á los Obispos con el que es la cabeza de todos; quisieron despues que los pastores de segundo órden se creyesen iguales á los que les habian encargado una porcion de su rebaño; y turbada así la gerarquía, acabaron despues con toda, y se mofaron de los Curas, y de los Obispos, y del Papa, y de todo el órden sacerdotal. Tan cierto es que el error no conoce términos, y que quando se da un traspie en el primer grado de una escala, rueda el inadvertido, hasta que se estrella en el fondo.

Todas estas consideraciones estaban asen-

tadas en el espíritu del Obispo de Segovia; y conforme á ellas, se atuvo siempre á la disciplina de nuestros mayores, y ni temió príncipe, ni ninguno lo subyugó con el poder, ni lo venció palabra alguna, por fuerte y terrible que fuese. El mismo estilo empleó con los demás potentados, observando con ellos escrupulosamente todas las máxîmas canónicas.

La Iglesia recibió este exemplo de constancia sacerdotal; los mismos interesados respetaron su noble carácter; mas no pudiendo sufrir la entereza de este Micheas, trataron de enviarlo á su Iglesia, dorando con este hermoso título la desgracia en que habia caido. Ya el Obispo habia recibido toda la plenitud del sacerdocio por medio de la consagracion. El dia de Sta. Teresa de Jesus, esa maestra hasta de los Obispos, de quien el nuestro fué siempre admirador, y apasionado, fué el que señalò para recibir la uncion de los profetas, y asentarse en su coro. Y apenas recibiò el mandato de que se restituyese á su Iglesia, marchò á ocupar la silla que le habia destinado el que distribuye los tronos, y los tabernáculos. La Iglesia de Segovia, al recibo de su digno Pastor, se desnudò del luto de su viudez, y se vistiò de las vestiduras de su alegría, y de su gloria, y de los preciosos atavíos que la habian hermoseado en los dias felices de su primera juventud. Se renovò su fervor primero; sus templos se vieron poblados de

Fieles de todas condiciones, y edades, que concurrian á la oracion mental, que habia promovido y ordenado el Obispo. El digno Pastor se presentaba ya en este, ya en aquel, rodeado de su ovejas, dirigiendo en medio de ellas los exercicios de piedad, explicándoles las verdades de nuestra santa fe, mostrándoles las ventajas de la oracion y meditacion, que por su experiencia conocia, y enseñándoles las sendas, por donde se camina para encontrar á Dios, y alcanzar las bendiciones de su misericordia. A su exemplo, y por su mandato, los pastores de segundo òrden seguian esta práctica saludable y todos se regocijaron al ver los abundantes frutos que producia en la reforma de costumbres, y en el fervor de los primeros años del cristianismo.

Nada os hablaré ya de las demas virtudes del Obispo, ni del auxîlio que encontraron en sú misericordia todas las clases de necesitados y afligidos. Bien habeis visto todo lo que su caridad con los próximos habia practicado siempre; y solo pódriamos observar la mayor extension, que tuvieron sus beneficencias, conforme á las mayores proporciones, y al mayor número que estaba á su cuidado. Por lo que hace al Obispo, Señores, ¿que mas le quedaba que hacer para conseguir la corona? Humilde, sobrio, paciente, laborioso, llenando todo su ministerio, ya habia conseguido la corona de dignidad, que segun la expresion de los pro-

verbios *corresponde á una vejez adquirida en los caminos de la justicia.* * Amado de sus ovejas, temido de los lobos, respetado de sus mismos contrarios, ¿que faltaba á la consumacion y gloria de este gran Sacerdote?

Faltábale, y no mas, continuar constantemente su carrera, y perseverar fiel hasta la muerte. Y esto es lo que le mandó á decir de parte de Jesucristo, el que tiene su lugar en la Iglesia, nuestro Santísimo padre Pio VII. Al leer sus letras apostólicas, dirigidas á nuestro venerable Obispo, (*) me parece estar escuchando aquel glorioso testimonio, que de órden del *primero* y del *postrero del que fué muerto, y vive*, dió el apostol San Juan al Angel, ú Obispo de la Iglesia de Smirna: "Sé tu tribulacion, y tu pobreza; mas eres rico en fe, en gracia, de Dios, en virtudes, y eres calumniado por aquellos que se llaman fieles, y no lo son, sino mas bien sinagoga de Satanás. No temas ninguna de estas cosas, que has de padecer. El diablo arrojará en la cárcel algunos de vosotros, para que seais probados; y padecereis tribulacion por algun tiempo. Mas tú persevera fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida." ** El mismo testimonio, y con expresiones harto pa-

* *Corona dignitatis senectus, quæ in viis justitiæ reperietur.* Prov. 16, v. 31.

** *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.* Apocal. cap. 2, v. 9, 10.

recidas, y con el mismo exôrto dió á nuestro respetable Obispo el sucesor del apostol San Pedro. Aprueba, y aplaude sus sentimientos y sus obras; lo bendice de la parte de Jesucristo; y concluye exôrtándolo á la perseverancia hasta el fin, para que reciba la eterna corona.

Pues, Señores, si esto era lo que únicamente faltaba á nuestro Obispo, todo lo hemos visto cumplido para gloria de Dios y edificacion de su Iglesia. Hemos visto su tribulacion, su paciencia, su pobreza; lo hemos visto pelear por la fe; y hemos visto por último que perseveró fiel hasta la muerte á sus principios, á su dignidad, á la religion que lo formó, que lo consagró y que le ciñó la corona: *esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.*

Cádiz 18 de Febrero de 1813.

(*) *PIUS P. P. VII.*

Venerabilis Frater, salutem, et apostolicam benedictionem. Permagnum profecto solatium in tantis curis, angoribus, animique cruciatibus, quibus conficimur, Nobis affert tua constantia, ac virtus, quae labefactari, ac dimoveri numquam potuit ullis aut premiorum incitamentis, aut periculorum terroribus, quominus ex praecepto Apostoli strenue supercertares semel traditae sanctis fidei. *Neque enim diutius nos latuit, quid tù optime senseris, quid fueris egregie locutus, quid praeclare, fortiterque egeris, ut veterem disciplinam sanctissime constitutam, et Petri Cattedrae honorem ac auctoritatem testimonio Christi, et omnium saeculorum consensu confirmatam, ut Ecclesiae Catholicae doctrinam tuereris, ac deffenderes. Utinam virorum tui similium copia esset mayor, in hoc fedissimo, ac teterrimo bello, quae contra rem christianam publicam, ac religionem summa animi contentione impie, et nefarie geritur. Quanto felicior, et expeditior esset Nobis victoria! Quamquam ea certa Nobis, planeque sit explorata, quos Divinus nempè Magister, ac Dominus recreat, et reficit suavissimis illis verbis :* in mundo pressuram habetis; sed confidite, ego vici mundum. *Tu ergo, venerabilis Frater, et carissime, persta omnino ad extremum usque vitae spatium in praestanti ista mente, et voluntate, atque instituto, eam intuens, ac spec-*

tans coronam justitiae, quae cursum gloriose adeo consumantibus in sempiterno regno est reposita. *Nos te quidem singulari, ac perpetuo studio, favore, et benevolentia prosequimur, in cujus pignus benedictionem Apost. Tum tibi, tum gregi tuo cuncto paterno prorsus affectu impertimur. Datum Romae apud Sanctam Mariam Majorem VII Kalendas Octobris an. Domini MDCCCII. Pontificatus nostri III. = Joachimus Foznius ab Epistolis latinis. = Sanctissi. = Ven. Fratri Jesepho Episcopo Segoviensi. = Segoviam.*

ERRATAS.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
5......	1......	*justificavit......*	*justificabit.*
19......	17......	estudio.........	estadio.
23......	22......	tiempa..........	tiempo.
24......	6......	Formándole ...	Formado.
28......	9......	subió............	subia.
33......	32......	minìstrerio.....	ministerio.
37......	13......	le................	lo.
48......	última.	acupado.........	ocupado.

